

podía parecer un ojo diminuto que le miraba desde lo más profundo de la eternidad y le revelaba el esplendor interior.» El culto del gran Lama, el papismo mismo, interpretan á su modo el sentimiento de lo divino; por eso hasta el papismo es respetable. «Que dure (esto es harto atrevido en Inglaterra), que dure mientras pueda guiar una vida piadosa.» Se le llama idolatría; es indiferente. ¿Qué es un ídolo sino un símbolo, una cosa vista ó imaginada, que representa lo divino? «Todas las religiones son símbolos. El puritano más riguroso tiene su confesión de fe, su representación intelectual de las cosas divinas. Todas las creencias, las liturgias, las formas religiosas, las concepciones de que se reviste el sentimiento religioso, son en este sentido *ídolos*, cosas vistas. Todo culto debe cumplirse mediante símbolos, mediante ídolos; podemos decir que toda idolatría es comparativa, y que la peor idolatría no es más que una idolatría mayor.» La única detestable es la huérfana de sentimiento, la que no consiste más que en ceremonias aprendidas, en repetición maquinal de oraciones, en profesión de fórmulas no entendidas. La veneración profunda de un monje del siglo XII, prosternado ante las reliquias de San Edmundo, valía más que la piedad decorativa y la fría religión filosófica de un protestante de hoy. Sea el que quiera el culto, el sentimiento es el que le comunica toda su virtud. Y ese sentimiento es el sentimiento moral. «El único fin, la única esencia, el único uso de toda religión pasada, presente ó futura, es conservar viva y ardiente nuestra conciencia moral, que es nuestra luz interior. Toda religión ha venido para recordarnos más ó menos bien lo que sabemos ya más ó menos bien: la diferencia absolutamente *infinita* que existe entre un hombre bueno y un hombre malo; para mandarnos amar al uno infi-

nitamente, aborrecer y evitar al otro infinitamente, esforzarnos infinitamente en ser el uno y no ser el otro (1).» «Toda religión que no lleva á la acción, al trabajo, puede irse á habitar entre los brahmanes, entre los antinomianos, ó donde le plazca; en mí no tiene cabida (2).» En V., perfectamente; pero la tiene en otras partes. Tocamos aquí el carácter inglés y estrecho de esa concepción alemana tan amplia. Hay muchas religiones que no son morales, y muchas más aún que no son prácticas. Carlyle quiere reducir el corazón del hombre al sentimiento inglés del deber, y la imaginación del hombre al sentimiento inglés del respeto. La mitad de la poesía humana se sustrae á su alcance: porque, si una porción de nosotros mismos nos eleva hasta la abnegación y la virtud, otra porción nos lleva al goce y al placer. El hombre es tan pagano como cristiano; la naturaleza tiene dos caras; varias razas—la India, Grecia, Italia—no han comprendido más que la segunda, y no han tenido por religiones más que la adoración de la fuerza desenfrenada y el éxtasis de la imaginación grandiosa, ó bien aun la admiración de la forma armoniosa, con el culto de la voluptuosidad, de la belleza y de la felicidad.

## V

Su crítica de las obras literarias tiene el mismo calor y la misma violencia, la misma extensión y los

(1) *Pasado y presente*, pág. 305.

(2) *Ibid.*, pág. 270.

mismos límites, el mismo principio y las mismas conclusiones que su crítica de las obras religiosas. Ha introducido en ella las grandes ideas de Hegel y de Goethe, sometiéndolas á la estrecha disciplina de la conciencia puritana (1). Considera al poeta, al escritor, al artista, «como un intérprete de la idea divina que late en el fondo de toda apariencia, como un revelador de lo infinito», como un representante de su siglo, de su nación, de su edad; reconocéis aquí todas las fórmulas germánicas. Esas fórmulas significan que el artista discierne y expresa mejor que nadie los rasgos salientes y durables del mundo que le rodea; de modo que puede extraerse de su obra una teoría del hombre y de la naturaleza, al par que una pintura de su raza y de su tiempo. Ese descubrimiento ha renovado la crítica. Carlyle le debe sus mejores puntos de vista, sus lecciones sobre Shakespeare y sobre Dante, sus estudios sobre Goethe, sobre Johnson, sobre Burns y sobre Rousseau. En esto, y por una pendiente natural, ha venido á ser el heraldo de la literatura alemana; se ha hecho el apóstol de Goethe; le ha ensalzado con fervor de neófito, hasta el punto de cegarse; le llama héroe; ofrece su vida como ejemplo á todos los hombres de nuestro siglo; no quiere ver su paganismo, tan visible, pero tan repulsivo para un puritano. Por otro efecto de las mismas causas, ha hecho de Juan Pablo, el bufón afectado, el humorista extravagante, «un gigante», una especie de profeta; ha colmado de elogios á Novalis y á los soñadores místicos; ha puesto al demócrata Burns por encima de Byron, y ha exaltado al pedante Johnson. Su principio es que en una obra del espíritu la forma es poca cosa; lo

(1) *Sobre los héroes*, páginas 129, 245.—*Misceláneas*.

único importante es el fondo. Desde el instante en que un hombre tiene un sentimiento profundo, una convicción enérgica, su libro es bello. Un escrito, sea el que quiera, no hace más que manifestar un alma. Si esa alma es seria; si la remueven íntima y habitualmente los graves pensamientos que deben preocupar á un alma; si ama el bien; si posee abnegación; si se consagra con todas sus fuerzas, sin miras ocultas de interés ó de amor propio, á publicar la verdad que descubre, ha llegado á la meta. No nos hace ninguna falta el talento, ni que nos halaguen con bellas formas; nuestro objeto único es encontrarnos cara á cara con lo sublime; todo el destino del hombre es sentir el heroísmo; la poesía y las artes no tienen otra misión ni otro mérito. Véase hasta qué grado y con qué exceso participa Carlyle del sentimiento germánico, por qué le gustan los místicos, los humoristas, los profetas, los escritores iliteratos y hombres de acción, todos los que violentan la belleza regular por ignorancia, por brutalidad, por locura ó intencionalmente. Llega hasta disculpar la retórica de Johnson, porque Johnson fué leal y sincero; no distingue en él al literato del hombre práctico; deja de ver al declamador clásico, extraña mezcolanza de Escaligero, de Boileau y de La Harpe, engalanado majestuosamente con los desechos ciceronianos, para no mirar más que al hombre religioso y convencido. Semejante costumbre cierra los ojos para la mitad de las cosas. Carlyle habla con desdeñosa indiferencia (1) del *dilettantismo* moderno; parece despreciar á los pintores; no admite la belleza sensible. Atento por entero á los escritores, hace caso omiso de las artistas. En efecto: la fuente de las artes es el sen-

(1) *Vida de Sterling*.  
*Historia*.

timiento de la forma, y los más grandes artistas, los italianos, los griegos, no conocieron, como sus sacerdotes y sus poetas, más que la belleza de la voluptuosidad y de la fuerza. A eso se debe también que no tenga afición á la literatura francesa. Ese orden exacto, esas bellas proporciones, esa perpetua preocupación de lo agradable y de lo conveniente, esa arquitectura armoniosa de ideas claras y enlazadas, esa delicada pintura de la sociedad, esa perfección del estilo, nada de lo que nos caracteriza hace impresión en él. Su modo de entender la vida se halla demasiado lejos del nuestro. Por más que trate de comprender á Voltaire, no consigue más que difamarle (1). «No hay un gran pensamiento en sus treinta y seis volúmenes... Su mirada se detiene en la superficie de la naturaleza; el gran Todo, con su belleza y su misteriosa grandeza infinita, no se le ha revelado jamás un solo instante; ha mirado y notado solamente tal ó cual átomo, y sus diferencias y discrepancias... Su teoría del mundo, su pintura del hombre y de la vida del hombre es mezquina, hasta deplorable para un poeta y un filósofo. Lee la historia, no con los ojos de un vidente piadoso ni aun de un crítico, sino con un simple par de anteojos anticatólicos. La historia no es para él un drama grandioso, representado en el teatro de lo infinito, con los soles por luces y la eternidad por fondo... sino una pobre é insípida disputa de club, prolongada durante diez siglos entre la *Enciclopedia* y la Sorbona. El universo de Dios es un patrimonio de San Pedro un poco más grande que el otro, de donde sería agradable y excelente expulsar al Papa... La alta alabanza de haber perseguido un fin justo ó noble no puede concedér-

(1) *Misceláneas*, páginas 11, 121, 148.

sele sin muchas reservas, y aun puede negársele con bastantes visos de razón. La fuerza que necesitaba no era noble ni grande, sino pequeña, y en ciertos respectos, de baja estofa. Lo que hay es que la usa con destreza y acierto. Para levantar el templo de Efeso, fué menester el trabajo de muchas cabezas inteligentes y de muchos brazos robustos, durante vidas enteras; y ese mismo templo ha podido ser destruido por un loco en una hora.» He ahí palabras un poco fuertes; no las emplearemos así nosotros. Sólo diré que, si alguien juzgase á Carlyle como francés, al modo que él juzga á Voltaire como inglés, haría un retrato de Carlyle diferente del que yo procuro trazar.

## VI

Ese comercio de denigraciones estaba en vigor hace cincuenta años; es probable que dentro de cincuenta años haya cesado por completo. Empezamos á comprender la seriedad de los puritanos; quizá los ingleses acabarán por comprender la alegría de Voltaire; nosotros procuramos gustar á Shakespeare; ellos tratarán sin duda de gustar á Racine. Goethe, el maestro de todos los espíritus modernos, supo gustar á los dos (1). Es menester que el crítico añada á su alma natural y nacional cinco ó seis almas artificiales y adquiridas, y que su simpatía flexible le penetra de sentimientos extinguidos ó extraños. El mejor fruto de la

(1) Véase este doble elogio en *Guillermo Meister*.

crítica es desprendernos de nosotros mismos, obligarnos á tomar en consideración el medio en que vivimos, y enseñarnos á desentrañar las cosas al través de las apariencias pasajeras con que nuestro carácter y nuestro siglo no dejan jamás de revestirlas. Cada cual las mira con anteojos de diverso alcance y color, y nadie puede alcanzar la verdad sino teniendo en cuenta la forma y el tinte que la estructura de sus lentes impone á los objetos percibidos. Hasta aquí hemos disputado, diciendo unos que las cosas son verdes, otros que son amarillas, otros que rojas, y acusando cada cual al vecino de ver mal y proceder de mala fe. Ahora resulta que aprendemos al cabo la óptica moral; descubrimos que el color no está en los objetos, sino en nosotros mismos; perdonamos á nuestros vecinos el ver de otra manera que nosotros; reconocemos que deben ver rojo lo que nos parece azul, verde lo que nos parece amarillo; hasta podemos definir la especie de anteojos que producen el amarillo y la especie de anteojos que producen el verde, adivinar sus efectos según su naturaleza, predecir á la gente el tinte con que le aparecerá el objeto que va á presentárseles, construir de antemano el sistema de todo espíritu, y quizá emanciparnos un día de todo sistema. «Como poeta, decía Goethe, soy politeísta; como naturalista, panteísta; como ser moral, deísta; y, para expresar mi sentir, necesito todas esas formas.» En efecto: todos esos anteojos son buenos, porque todos nos muestran algún aspecto nuevo de las cosas. Lo importante es tener, no uno, sino varios; usar cada uno en el momento conveniente; hacer abstracción de su color privativo; saber que detrás de esos millares de tintas móviles y poéticas, la óptica no comprueba más que cambios regidos por una ley.

#### § 4.— SU CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA

##### I

«La historia universal (1), dice Carlyle, la historia de lo que el hombre ha hecho en el mundo, es en el fondo la historia de los grandes hombres que han trabajado aquí abajo. Esos grandes hombres fueron los guías de los pueblos, los modeladores, los modelos, y, en un amplio sentido, los creadores de cuanto ha llegado á hacer ó alcanzar la masa de los hombres considerados en conjunto. Todas las cosas que vemos cumplidas en el mundo son propiamente el resultado material exterior, la realización práctica y la encarnación de los pensamientos que habitaron en los grandes hombres enviados al mundo. El alma de la historia entera del mundo sería la historia de ellos (2). Sean lo que fueren—poetas, reformadores, escritores, hombres de acción, reveladores,—á todos les da un carácter místico. «El héroe es un mensajero enviado del fondo del misterioso Infinito con noticias para nosotros... Procede de la sustancia interior de las cosas. Allí vive y debe vivir en comunión cotidiana... Viene del corazón del mundo, de la realidad primordial de las cosas; la inspiración del Omnipotente le da

(1) *Sobre los héroes*, t. 1, pág. 71.

(2) *Ibd.*, pág. 1.